

## **EMPRESARIO Y HOMBRE DE FE**

### **Congreso Mundial de UNIAPAC**

**Abidján, 3 de mayo de 1981**

#### **Ilustres señores:**

Ante todo quiero agradecer la invitación que he recibido de ustedes y el tema que me han asignado: Empresario y Hombre de Fe.

Antes de iniciar mi breve exposición, quisiera expresar mi convicción que domina en mí desde hace mucho tiempo.

Que este Congreso Mundial se realice en un país del Tercer Mundo muestra, me parece, una vez más, el interés que tiene UNIAPAC en que los hombres de empresa tomen conciencia sobre la responsabilidad social frente a los grandes problemas de esta parte más desposeída de la humanidad.

¿No creen ustedes que es un pecado social enorme el que coexistan países y sectores sociales desarrollados, con altos niveles de ingreso y de producto, junto a grandes países y sectores que subsisten en el subdesarrollo y la pobreza? Los Obispos de América Latina lo hemos afirmado en Puebla:

"Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres" (N. 28) - Porque Dios nos ha entregado todo el mundo para que dominemos la materia y la pongamos al servicio del hombre, de todo hombre y de todos los hombres, de tal manera que el rostro de Dios se haga más visible en esta Tierra que se nos dio para administrar.

Yo quiero hablar a ustedes y ante ustedes como Pastor de la Iglesia, no como técnico. No soy especialista en Ciencias Sociales, pero sí he querido serlo y pretendo serlo en "humanidad", tal como la Iglesia y sus Pastores lo han hecho a lo largo de estos dos milenios, y tal como lo ha repetido Juan Pablo II: "La Iglesia, en consideración de Cristo y en razón del misterio que constituye la vida de la Iglesia misma, no puede permanecer insensible a todo lo que sirve al verdadero bien del hombre, como tampoco puede permanecer indiferente a lo que lo amenaza". (*Red. Hom.* 13.)

Mi visión y mis palabras van a estar condicionadas por mi experiencia y esto quiero que ustedes lo tengan presente.

Mis raíces más profundas son latinoamericanas: están embebidas en el drama de un continente hoy día señalado como la "clase media" del mundo, porque no está considerado, por su nivel promedio de ingreso y producto, entre los cuarenta países más pobres, y dista mucho de acercarse siquiera a los más ricos. Pero más allá de los promedios, vivimos la experiencia dolorosa de

compartir la suerte con tantos y tantos pobres sin casa, sin empleo, con insuficiente ingreso, muchas veces desnutridos, y, coexistiendo con ellos, un grupo de personas muy ricas, con niveles de vida -y, por lo tanto, de ingreso- como los más ricos de los países desarrollados. Y comprobamos con pena que "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas". (*Puebla 28.*)

Y éste es el drama que he vivido y que sé que viven muchos obispos de América Latina.

¿Cómo es posible que en un continente que se dice cristiano y humanista, donde más del 80 por ciento de la población es bautizada, y donde existen los medios técnicos para mejorar la situación de los más pobres, esta situación de pecado social no cambie? ¿Es que Dios puede querer "la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de viviendas adecuadas, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas, etc.?" (*Puebla 29.*)

Yo no soy técnico, y si uso palabras técnicas, no lo hago en cuanto técnico, sino como cristiano y obispo, deseoso de conocer la realidad en la que estoy situado para evangelizarla, para comunicarle el designio salvífico del Padre, que El nos ha dado en la Vida, Muerte y Resurrección de su Hijo, por medio del cual nos ha liberado del pecado y nos ha reconciliado con El, y, por lo tanto, entre nosotros y con la naturaleza.

Pero esta Redención, incoada para siempre, tenemos que hacerla presente a través de nuestra libertad, de nuestro sí profundo a Dios en Cristo: sí que compromete de manera radical nuestro estilo de vida. Y ésta es la tragedia de nuestro continente cristiano; tanto, que se nos podrían aplicar las palabras del Señor contra el formalismo religioso: "Aborrezco el incienso, los novilunios, el sábado y las otras fiestas no puedo sufrirlas: en vuestras asamblea reina la iniquidad. Vuestros novilunios y vuestras solemnidades odia mi alma, son para mí un peso, estoy cansado de soportarlos. Y cuando extendáis vuestras manos, Yo voy a volver mi mirada lejos de vosotros; aunque multipliquéis vuestras plegarias, no os escucharé; vuestras manos, de sangre están llenas. Lavaos, purificaos, quitad de delante de mis ojos la maldad de vuestras intenciones, cesad de vuestra maldad; aprended a hacer el bien, buscad lo que es justo, aliviad al oprimido, haced justicia al huérfano y abogad por la viuda". (*Is. 1, 12-17.*)

Si el Señor fuera realmente importante en nuestra vida, si lo amáramos con toda el alma, con todo nuestro corazón y nuestra mente y quisiéramos al prójimo como nos amamos a nosotros, ¿subsistirían tanta extrema pobreza, tanta angustia por la ausencia de vivienda, de ingreso suficiente, de empleo seguro?

Los cristianos tenemos que reconocer la realidad que nos rodea para proclamar el Evangelio, que es conversión personal y de las estructuras sociales. Pero no hay una única forma de conocer nuestra realidad.

Nuestro conocimiento es histórico, es cultural. Los medios de comunicación modernos han acercado las culturas, pero, además, han impuesto el dominio de unas formas culturales sobre otras. En el nivel de las Ciencias Sociales, la misma realidad es vista y expresada de manera diferente por las ideologías vigentes, sean neoliberales o neomarxistas. Aquí ya existe una primera tarea para los científicos sociales cristianos: saber criticar desde su fe los presupuestos y valores implícitos sobre los que se edifica su visión de la realidad. Y una segunda tarea me parece importante: que los cristianos tomen conciencia de que su fe, su sí a Dios, también abarca estos aspectos culturales. Su vinculación con Dios, expresada en los sacramentos y en el culto, especialmente en la Eucaristía, es inseparable de su vinculación con el hombre, con el hermano. Por lo tanto, la manera como aborda la realidad social esté constituida por problemas de desempleo, de inflación, de negociación colectiva o de leyes que regulan la práctica sindical, etc.- no puede disociarse de su relación con Dios.

El cristiano es siempre aquel que busca, con honestidad y ahínco, el mayor bien común, porque cree y ama a Dios y está comprometido con su hermano. Yo quisiera ahora, después de este largo preámbulo, exponer algunos de los problemas acuciantes que nos desafían a los cristianos de América Latina a vivir con mayor compromiso nuestra fe.

Nuestros países, como creo que ocurre con todos los del Tercer Mundo, están flagelados por la extrema pobreza. Es decir, cerca de un tercio de nuestra población tiene niveles de ingreso familiar y personal con los que es casi imposible que puedan satisfacer las necesidades fundamentales del ser humano. Pero la extrema pobreza no atañe sólo al problema del nivel de ingreso, sino que compromete también el nivel cultural -los más pobres o son analfabetos o tienen escasa educación formal- y, también, social y político: son marginados, no tienen organización social que los represente y haga valer sus derechos, no tienen participación política. Son "nuestros indígenas, campesinos, obreros marginados urbanos y muy especialmente la mujer de estos sectores, por su doble condición de oprimida y marginada". (*Puebla* 1134, nota.)

La extrema pobreza tiene consecuencias socioeconómicas y culturales enormes, en cuanto condiciona la calidad de la vida de las personas, su nutrición, las relaciones que se establecen entre cónyuges, y entre éstos y los hijos; la recepción y forma de vivir los valores cristianos, etc.

No quiero detenerme en lo que significa, aun para las futuras generaciones, la malnutrición, que incapacitará más a esos futuros hombres para dar su aporte al crecimiento de la humanidad; el hacinamiento humano por falta de vivienda; la baja esperanza de vida; la imposibilidad de acceso a los bienes y servicios de esa sociedad, cuyo ingenio y tecnología han logrado tantos avances, pero que son tan mal compartidos por todos.

Otro hecho gravísimo que va muy unido a la extrema pobreza es la desocupación o desempleo oculto. América Latina tiene una fuerza de trabajo calculada en 113 millones de personas. De éstos, 30 millones son

considerados desempleados o con "desempleo equivalente", y forman esa ingente cifra de hombres que con un desempleo oculto vemos pulular en nuestras ciudades, en una actividad casi totalmente improductiva: la venta y reventa de cualquier producto. ¿Qué se puede esperar de esa masa de hombres frustrados que no se sienten padres o esposos, por no poder aportar casi nada de sus esfuerzos para mantener su familia?

El futuro no nos da mucha esperanza. Sólo en América Latina se calculan en 40 millones los desempleados y subempleados que tendremos a fines de siglo. Para paliar el problema, habría que crear casi 80 millones de nuevas fuentes de trabajo de aquí al año dos mil.

¿Seremos capaces los cristianos de América Latina de responder a estos desafíos en el presente y en el futuro próximo?

El problema del desempleo encubierto no es ajeno al problema de extrema pobreza: normalmente ambos están interrelacionados.

Los Obispos de América Latina hemos señalado las raíces profundas de estos hechos:

- La vigencia de sistemas económicos que no consideran al hombre como centro de la sociedad y no realizan los cambios profundos para una sociedad justa.
- La falta de integración entre nuestras naciones.
- El hecho de la dependencia económica, tecnológica, política y cultural.
- La carrera armamentista, gran crimen de nuestra época, producto y causa de las tensiones entre países hermanos.
- La falta de reformas estructurales en la agricultura, adecuadas a cada realidad, que ataquen con decisión los graves problemas sociales y económicos del campesinado.
- La crisis de valores morales: la corrupción pública y privada, el afán de lucro desmedido, la carencia de sentido social.
- Y, finalmente, en lo más profundo de todas ellas, un misterio de pecado. (*cfr. Puebla 64-70.*)

Y al comprobar todos estos grandes problemas, al ver esta realidad tan triste y tan difícil de cambiar, hemos auscultado cuáles son las grandes aspiraciones de nuestros pueblos, que expresan sus justos anhelos y son como la voz de la conciencia que nos interpela y el desafío que se nos presenta y al cual debemos responder.

Podemos, pues, resumir los íntimos anhelos de nuestros pueblos en los siguientes términos:

1. Los pueblos de América Latina luchan por "una calidad de vida más humana, sobre todo por su irrenunciable dimensión religiosa, su búsqueda de Dios, el Reino que Cristo nos trajo, a veces confusamente intuido por los más pobres con fuerza privilegiada.

2. Una distribución más justa de los bienes y las oportunidades. Un trabajo justamente retribuido que permita el decoroso sustento de los miembros de la familia y disminuya la brecha entre el lujo desmedido y la indigencia.
3. Una convivencia social fraterna donde se fomenten y tutelen los derechos humanos, donde las metas que se deben alcanzar se decidan por el consenso y no por la fuerza o la violencia, donde nadie se sienta amenazado por la represión, el terrorismo, los secuestros y la tortura.
4. Cambios estructurales que aseguren una situación justa para las grandes mayorías.
5. Ser tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia, capaz de participar libremente en las opciones políticas, sindicales, etc., y en la elección de sus gobernantes.
6. Participar en la producción y compartir los avances de la ciencia y la técnica modernas, lo mismo que tener acceso a la cultura y al esparcimiento digno (*Puebla* 132-136) -

Ante esta realidad y estos anhelos, ¿cuál debería ser el papel de la Iglesia y de todos sus hijos y sobre todo de los que tienen un papel directivo en la sociedad?

La Iglesia, a través de su acción y de su doctrina social, hace suyas estas aspiraciones. "La Iglesia asume la defensa de los derechos humanos y se hace solidaria con quienes los propugnan". A este propósito nos place recordar aquí, por su especial valor entre la vasta enseñanza sobre la materia, el discurso de Su Santidad Juan Pablo II al cuerpo diplomático, el 20 de octubre de 1978: "La Santa Sede actúa en esto sabiendo que la libertad, el respeto de la vida y de la dignidad de las personas -que jamás son instrumentos-, la igualdad de trato, la conciencia profesional del trabajo y la búsqueda solidaria del bien común, el espíritu de reconciliación, la apertura a los valores espirituales, son exigencias fundamentales de la vida armónica en sociedad, del progreso de los ciudadanos y de su civilización". (*Puebla* 146.)

La palanca que mueve toda la economía en los tiempos modernos es la empresa. En el pensamiento cristiano la empresa es una asociación de personas, es decir, de hombres libres y autónomos, creados a imagen de Dios: son todos hijos del mismo Padre y, por lo tanto, hermanos llamados a la tarea de participar en la obra creadora para hacer un mundo según el plan divino, que sea realmente la morada del hombre, él cual es, según la Escritura, el rey de esta creación. (*cf. Génesis.*)

Por lo tanto, esta situación de vicarios de Dios en su obra creadora dignifica enormemente el papel de la empresa y de los hombres que en ella laboran. "Esto exige -dice la Iglesia- que las relaciones mutuas entre empresarios y dirigentes, por una parte, y los trabajadores, por la otra, lleven el sello del respeto mutuo, de la estima, de la comprensión, y además, de la leal y activa

colaboración e interés de todos en la obra común; y que el trabajo, además de ser concebido como fuente de ingresos personales, lo realicen también todos los miembros de la empresa como cumplimiento de un deber y prestación de un servicio para la utilidad general. Todo ello implica la conveniencia de que los obreros puedan hacer oír su voz y aporten su colaboración para el eficiente funcionamiento y desarrollo de la empresa.

Observaba Pío XII que "la función económica y social que todo hombre aspira a cumplir exige que no esté sometido totalmente a una voluntad ajena el despliegue de la iniciativa individual. Una concepción de la empresa que quiera salvaguardar la dignidad humana debe, sin duda alguna, garantizar la necesaria unidad de una dirección eficiente; pero de aquí no se sigue que pueda reducir a sus colaboradores diarios a la condición de meros ejecutores silenciosos, sin posibilidad alguna de hacer valer su experiencia, y enteramente pasivos en cuanto afecta a las decisiones que contratan y regulan su trabajo". (*Mater et Magistra* 92.)

La empresa no puede ser, por lo tanto, ajena a la situación social que hemos descrito. Ella es un microcosmos que refleja los problemas importantes que afectan a la sociedad global. Por una parte, la empresa, a medida que usa una tecnología más adelantada, requiere mayor especialización de su personal, que a veces es difícil de encontrar fuera de las grandes capitales.

Por otra parte, la empresa, en nuestros países, suele reproducir a veces, sin darse cuenta, las profundas diferencias sociales existentes, tan difíciles de comprender, a veces, para un europeo o un estadounidense. Así, reproduce las diferencias salariales. Mientras en Europa y otros países estas diferencias son de 1 a 5 o a 8, en nuestros países son normales las diferencias de 1 a 15, y nadie se extraña de que a veces puedan ser de 1 a 25 o más. Es decir, que el sueldo del nivel gerencial puede ser 25 veces mayor que el de los obreros del último escalafón.

Además, las relaciones de los miembros de la empresa se realizan también en otros planos. Por ejemplo, en el nivel de empresa y de organización sindical. La lógica del poder del capital prefiere, ya sea a través de una legislación apropiada, ya sea a través de la manipulación indirecta del sindicato, controlar las demandas sindicales, en vez de dialogar y buscar una armonía de intereses, lo cual es un desafío muy profundo para los cristianos, planteado ya desde Pío XI (*Cjr. Quadragesimo Anno* 53-38.)

No desconozco el mal uso que se puede hacer en algunos casos de la fuerza sindical. Hay que tener presente que las relaciones entre empresarios y trabajadores, hasta hoy, se han establecido en un plano de lucha despiadada donde generalmente los trabajadores son los más débiles y muchas veces se creen burlados en sus legítimos derechos. Ello implica la fractura de todo diálogo y entendimiento y los abusos que puedan darse. Pero ello no impide a los hombres de fe trabajar para que esta relación cambie y se transforme en franca colaboración entre los diferentes miembros de la empresa, de manera que las fuerzas sindicales puedan ejercer una gran función para lograr una sociedad más justa.

A este propósito, Juan Pablo II dice: "Es necesario que el empresario y los dirigentes de empresa hagan todo cuanto está en su mano por escuchar debidamente la voz del obrero que de ellos depende y por comprender sus exigencias legítimas de justicia y equidad, superando toda tentación egoísta tendiente a hacer de la economía la norma de sí misma".

El escuchar al mundo obrero va unido con la aceptación de las tensiones que pueden presentarse, pero sin ellas, muchas veces, no se producen los cambios.

Años atrás, con motivo de un congreso de UNIAPAC celebrado en Buenos Aires, se presentó un estudio en el cual se mostraba como un país, después de muchos años de hablar insistentemente sobre el tema de la participación, no la había logrado sino sólo en cinco o seis empresas. Pero bastó la llegada de un gobierno de tipo marxista para que centenares de empresas pidieran estudios y estuvieran dispuestas a esta participación con tal de evitar los peligros de una estatización. En este recuento histórico vemos, una vez más, que el conflicto social puede ser positivo para que los hombres abran los ojos a un mejor ejercicio de la justicia. Por desgracia, muchas veces la amenaza y el temor son más fuertes que el amor.

Los Sumos Pontífices, una y otra vez, desde Pío XII, han hecho un llamado a los hombres de empresa, porque ellos constituyen un conjunto de hombres de gran importancia en la construcción de la sociedad. Han recibido *muchos "talentos"* y, como dice la parábola del Señor, deben tratar de dar fruto. También los Obispos de América Latina, en Medellín, Colombia, hicimos un llamado urgente "a los empresarios, a las organizaciones y a las autoridades políticas para que modificaran radicalmente la valoración, las actitudes y las medidas con respecto a la finalidad, organización y funcionamiento de la Empresa".

Igualmente en Puebla los obispos hemos vuelto a pedir "que los economistas contribuyan con un pensamiento creativo a dar respuestas prontas a las demandas fundamentales del hombre y de la sociedad. Para que los empresarios, teniendo presente la función social de la empresa, actúen concibiéndola no sólo como factor de producción y lucro, sino como comunidad de personas y como elemento de una sociedad pluralista, sólo viable cuando no existe concentración excesiva del poder económico". (*Puebla* 1.246.)

En Medellín los Obispos de América Latina afirmamos que "la empresa es una comunidad verdaderamente humana; la empresa no se identifica con los dueños de capital, porque es fundamentalmente comunidad de personas, como unidad de trabajo. Una persona o grupo de personas no puede ser propiedad de un individuo". (*Cfr. Med.* 1-10.)

La empresa, pues, desde una perspectiva cristiana, debe hacer más humanas las relaciones laborales; tender a ser una comunidad de personas, intensificar cada vez más y más la participación real de los trabajadores. La participación es la concreción de la solidaridad que es, a su vez, para los cristianos, la

presencia del Espíritu, espíritu de amor y fraternidad. Sin esa participación -que ojalá se dé en los dos distintos niveles de información, que sea más equitativa en las ganancias y en la gestión misma de ella- es difícil decir que se está creando una sociedad solidaria.

Quisiera, a este propósito, recordar unas palabras de Juan Pablo II en Brasil: "Ajustar el salario, en sus modalidades diversas y complementarias, hasta el punto que se puede decir que el trabajador participa real y equitativamente de la riqueza para cuya creación él contribuyó solidariamente en la empresa, en la profesión y en la economía nacional, es una exigencia legítima". (*Discurso en Sao Paulo, 3-7-80*).

Los Obispos de América Latina reunidos en Puebla hablamos de comunión y participación, pero no para un mundo abstracto, no por un *leit motiv*, sino para que los empresarios, los gobernantes y los obreros traten de vivirlas, tanto en su vida familiar como en su vida de trabajo, que son dos lugares privilegiados para lograr la comunión entre los hombres.

Hemos visto que uno de los grandes problemas presentes y futuros es la creación de fuentes de trabajo. Frente a este problema quiero hacer un llamado al espíritu del empresario, a aquel que tiene fe en la Providencia de Dios y fe en su compromiso con el mundo. ¿No debería llevarlo a arriesgar sus inversiones donde sean más necesarias, creando así fuentes de trabajo que son fuentes de vida digna?

En nuestros países no se puede seguir pensando en una mera transferencia de tecnología y mecanización que, quizás, sea útil para los pueblos ya desarrollados con escasez de mano de obra. Para nosotros, cuando son tantos los que buscan cómo utilizar sus talentos, su fuerza; cuando cada año son millones -como hemos dicho- los que acuden al mercado del trabajo, hay una obligación moral de obtener, no sólo una transferencia de tecnología cualquiera, sino aquella que sea adecuada, que sea capaz, no de desplazar la mano de obra, sino de incorporarla. Sabemos que éste es un problema complejo, pero no podemos someter el hombre a la economía: es la economía, al igual que la técnica, la que debe estar al servicio de todo hombre y de todos los hombres.

La empresa y los gobiernos desarrollados del mundo invierten ingentes cantidades en investigaciones tecnológicas. ¿No sería posible que ustedes como asociación de empresarios cristianos usaran su influencia para cambiar esta historia y ser los profetas en su propio ambiente, ayudándonos, así, a hacer que todos los hombres encuentren fuentes humanas y dignas de trabajo? Hago más y repito las palabras de Juan Pablo II en Brasil (3-7-80): "Vuestra primera y fundamental aspiración es, por tanto, trabajar. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas angustias y miserias causa el desempleo! Por eso, la primera y fundamental preocupación de todos y cada uno de los hombres de gobierno, políticos, dirigentes de sindicatos y dueños de empresa, debe ser ésta: dar trabajo a todos. Esperar la solución del problema crucial del empleo como un resultado más o menos automático de un orden o de un desarrollo económico, cualesquiera que sean, en los que el empleo aparece apenas como una



consecuencia secundaria, no es una actitud realista y, por lo tanto, es inadmisibile. Teoría y prácticas económicas deben tener la valentía de considerar el empleo y sus modernas posibilidades como un elemento central de sus objetivos.

Además, Juan Pablo II les recordaba a ustedes en su discurso en Roma: "Se puede llegar a tal nivel de deshumanización, cuando se invierte la escala de valores y se eleva el 'productivismo' a parámetro único del fenómeno industrial, cuando se hace caso omiso de la dimensión interior de los valores, cuando se apunta a la perfección del trabajo y no a la perfección de quien lo ejecuta, privilegiando la obra antes que el obrero, el objeto antes que el sujeto".

Una y otra vez el Santo Padre insiste: "Esperar que la solución de los problemas del salario, de la previsión social y de las condiciones de trabajo brote de una especie de extensión automática de un orden económico, no es realista, y, por lo tanto, es inadmisibile. La economía sólo será viable si es humana para el hombre" (*Discurso en Sao Paulo 3-7-80*).

No quiero terminar mis palabras sin agregar algunas expresiones elaboradas por USEC en mi patria. Ellas reúnen los grandes valores humanos y cristianos que han de iluminar nuestro quehacer de hombres que creemos en la persona humana y sabemos que el respeto a esa persona constituye la base inmovible de nuestra fe.

"La doctrina social de la Iglesia parte de la persona como realidad básica y entiende el Bien Común no sólo como un conjunto de bienes, sino asimismo como la participación de dichos bienes. Además, el bien de la comunión constituye una parte integrante del concepto de Bien Común. "Conseguir estas dimensiones es una tarea que tiene un valor prioritario y que cada sociedad debe lograr históricamente mediante un proyecto social."

No conviene al Bien Común que sean el individuo y su poder los que construyan el proyecto social colectivo, como tampoco que sea el Estado el que lo dicte al cuerpo social.

Debe ser la propia sociedad organizada a través de la vitalidad de los organismos intermedios la que debe construir ese proyecto social, al cual se sometan a la par la economía como actividad posibilitadora y la política como actividad de dirección y administración de ese conjunto de objetivos y prioridades.

Reconocemos la primacía del Bien Común engendrado en los cuerpos intermedios, alimentados desde la base social misma. Base social donde la empresa, la profesión organizada, el sindicato y el gremio juegan un papel de primera importancia, junto a la organización del consumidor y del usuario.

En este ámbito de valores compartidos, la libertad será algo más que un concepto formal y abstracto, mucho más que una igualdad de posibilidades simplemente postulada, sin considerar su medio histórico de inserción o la factibilidad actual de su ejercicio.

Por eso toda Doctrina Social de la Iglesia, desde la *Rerum Novarum*, señala "que es necesario que se reduzca y sujete de nuevo la economía a un verdadero y eficaz principio directivo". Tal principio es el Bien Común, y esto es particularmente grave en materia de relaciones de trabajo, sin dejar de reconocer el papel de integración social que cumple el mercado.

No nos basta la instalación de un orden de competencia para sentirnos satisfechos. Hemos de estar atentos al desarrollo de sistemas de protección social y a la corrección de desarrollos coyunturales equivocados.

Así, el católico opta por una economía social de mercado con intención social explícita, y economía social de mercado significa definir un papel activo al Estado, más allá de ser el mero espectador o guardián de la libre competencia.

Aceptamos con entusiasmo, como hombres y como cristianos, el desafío de la sociedad moderna y de la empresa moderna. Los que trabajan en funciones ejecutivas deberán buscar imperiosamente formas de administración que traduzcan en la práctica su visión del hombre y de la sociedad.

Así, pues, el desafío es hoy doble si se quiere volver fecunda la doctrina:

1. La empresa, como institución intermedia ella misma, tiene la finalidad de colaborar al perfeccionamiento del Bien Común. Lo logra atendiendo "las necesidades de tipo social que puedan descubrirse en su entorno" con la ayuda del indicador de las responsabilidades sociales, cumpliendo para ello su función social.
2. No basta, por lo tanto, que el conjunto de objetivos y políticas de una empresa sea "responsable" porque busca entregar a la sociedad lo que el Bien Común de ésta precisa; también ha de introducir los pertinentes objetivos políticos sobre el perfeccionamiento de los hombres que en ella trabajan.

En esta lucha un pluralismo de acciones y de opciones es posible, ya que una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes.

Quizás algunos encuentren utópicas estas ideas e irrealizables. Pero ¿por qué no confiar precisamente en la fuerza de Dios para quien nada es imposible? ¿Por qué no confiar en lo que es más característico del hombre de empresa: correr riesgos, usar la imaginación y aceptar el gran desafío de hacer presente a Dios, rico en misericordia, al Dios justo que quiere valerse de ustedes para que se descubra Su rostro en la Tierra con mayor solidaridad y participación de todos los hombres?

Mis queridos amigos: En este momento creo indispensable que reflexionemos sobre este gran desafío que nos atañe: o nosotros formamos una sociedad basada en el respeto a las personas y sus derechos; basada en la comprensión, en el intercambio, en el diálogo y, por lo tanto, en la participación total de los componentes de esta sociedad -en nuestro caso, de la empresa-, o

nosotros establecemos una sociedad y una empresa basadas en la fuerza y en el predominio de los más fuertes sobre los más débiles.

En el primer caso, organizamos una sociedad humana; en el segundo caso - como lo expresa la doctrina de la Iglesia- esta sociedad se vuelve inhumana. La alternativa, mis queridos amigos, es ineludible. O basamos las relaciones humanas en la razón y en el respeto a los valores del hombre, o no creamos una sociedad humana, sino que establecemos un conglomerado en el que existe la dominación de un grupo de hombres sobre otro grupo de hombres-esclavos. En un futuro próximo tenemos que enfrentar esta alternativa, tenemos que elegir entre la comprensión, la libertad y la participación; o la esclavitud, el odio y la violencia.

A nosotros, cristianos, nos toca, según el llamado del Maestro, ser "luz del mundo y sal de la Tierra". Ojalá seamos capaces de aceptar este desafío y llevar a la humanidad la "Buena Nueva" de la justicia, de la verdad y del amor, fundamentos y ambientes indispensables en los que se realiza la paz.

Abidján, 3 de Mayo de 1981.